

Cuerpo urbano, cuerpo humano

Éder García-Dussán*

Fecha de recepción: 27 de marzo de 2008

Fecha de aprobación: 30 de abril de 2008

RESUMEN

Precisar qué es la ciudad desde las claves de la antropología urbana, la revela como un entramado indisoluble entre lo físico, lo simbólico y lo imaginario; esta última dimensión entendida como la base de la construcción particular de ciudad que asume cada sujeto. Los urbanitas la representamos a través de enclaves que se cristalizan en el discurso cotidiano aglomeradas en estrategias retóricas de producción. Un comprimido análisis de la precipitación de algunas de estas retóricas, se ejemplifica a través de la captura de una figura semántica común que simboliza las imágenes urbanas: *las figuras de lo biológico*, esto es, la ciudad-cuerpo.

Palabras clave: territorio, metáfora, sinécdoque, figura biológica en lo urbano.

URBAN BODY – HUMAN BODY

ABSTRACT

Precising what is a city, from the keys of the urban anthropology, reveals it, the city, as an indissoluble network between the physical, the symbolical and the imaginary. This last dimension is understood as the basis of the particular construction of the city that assumes each subject. Us, urbanitas, represent each city through enclaves that crystallize in the everyday speech, gathered in rhetoric strategies of production. A compressed analysis of the precipitation of some of these rhetorics is exemplified through the capture of a semantic figure that symbolizes the urban images: The figures of the biological, i.e. the body – city.

Key words: Territory, metaphore, synecdoche, biological figure in the urban.

* Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: egarcia@lasalle.edu.co

Transitar la ciudad casi siempre implica abandonar el *mapa cartográfico* para dar lugar a la construcción de *mapas mentales* de ella, los cuales, aunque particulares, concentran puntos comunes de procesamiento, almacenamiento e interpretación, que acaban determinando las percepciones colectivas de los espacios como “*territorios*”. Es por eso que remito al concepto de **territorio o espacio itinerante**, entendido como la identificación de un sujeto o conjunto de ellos con un área física que interpretan como de su comunidad y con la que tienen, de alguna manera, una afinidad identitaria (Delgado, 1999: 30).

Desde esta postura, el primer retoño de meditación ha sido el de precisar una cierta “semántica del discurso que amarra las experiencias urbanas” o simplemente “Semántica de lo urbano”, tema que rápidamente me permitió entender que es necesaria para el ámbito de aquellas miradas que aparecen reflejadas en múltiples códigos lingüísticos. Por tanto, no se trata de la óptica, aunque es necesario el órgano, sino aquella actividad cognitiva que provoca la imagen que viene de lo exterior (naturaleza: ciudad) hacia el sujeto y de cómo él la manifiesta, de rebote, con un sentido concreto, desde su mirada, desde su punto-de-vista. Comprendo claramente que aquello que llamamos ‘el mundo’ se ve, sin más; pero la mirada inscribe un mundo particular que da sentido a la realidad social visible. Y, en adelante, miradas de lo visible de la ciudad.

Ahora bien, ubicados en esta perspectiva, cabe la cuestión ¿a través de cuáles claves lingüísticas se simbolizan típicamente los elementos imaginarios de una ciudad?, aún más, ¿qué elementos de la ciudad nutren esas formas discursivas? Pues bien, la-s ciudad-es es-son una instalación de iconos y símbolos que con-forman el soporte de la mirada urbana. Esta produce un conjunto de interpretaciones a través de los posibles sentidos de sus símbolos públi-

cos; y, simultáneamente, como instalación, la-s ciudad-es produce-n sus protagonistas, sus posiciones y sus situaciones dentro del cual *acontece* la vida en el que se cultivan y cosechan cuerpos y vidas. El doble nivel del lenguaje urbano, por un lado instalación de signos, escasamente sensual y, por otro, estético que moldea los órganos, la mente, las actitudes y las relaciones de los sujetos que la habitan, es lo que hace a la-s ciudad-es uno de los pilares sobre el que se funda toda mirada. Tal suceso permite apreciar la sobrecarga imaginaria de la ciudad (su imaginaria) dentro de una cultura, al analizar tanto sus experiencias discursivas como estéticas, fundamentalmente metafórico-metonímicas. Y es que la ciudad es un conjunto de representaciones en las mentes de sus moradores que pertenecen a una mirada (óptica, en principio), aquella cuyo primer contacto con la alteridad dispone las sensaciones donde se cuajan los preceptos que ya no son percepciones, sino efectos independientes del estado de quienes la experimentan: “(...) La metáfora circula en la ciudad, nos transporta como a sus habitantes, en todo tipo de trayectos, con encrucijadas, semáforos, direcciones prohibidas, intersecciones o cruces, limitaciones y prescripciones de velocidad, de cierta forma –metafórica claro está y como un modo de habitar, somos el contenido y la materia de ese vehículo, pasajeros, comprendidos y transportados por las metáforas” (Derrida, 1989: 45).

Este aspecto de indagación queda abierto con confianza si se acuña la enseñanza básica de Lakoff y Johnson (1986: 44), quienes afirman que el lenguaje y la experiencia ordinarios están permeados por una estructuración metafórica (inconsciente) que determina el pensamiento y la acción, pues las expresiones del lenguaje cotidiano, expresan la naturaleza metafórica de los conceptos que estructuran las actividades comunes del ser humano. Sin embargo, ¿cómo pasar de la metáfora al análisis cuando se alude a la ciudad? El salto es realizado cuando se puede hablar de las metáforas y otros recursos retóricos del lenguaje urbano de una forma que haga evidente el

ejercicio de la función estética y cómo opera dentro de los códigos de uso y cambio, además de la relevancia del proceso relacionado con formas de mirar y conceptualizar el mundo.

Se piensa en una retórica de la ciudad (discurso urbanístico) como correlato e interfaz de una retórica del deseo, es decir, de 'puestas en escena' que dan cuenta (simbólica) de aquellos imaginarios sociales que intervienen la realidad urbana, en la medida en que para la composición y mención de éstos, a través del relato, se hace uso de figuras de significación que flexionan el sentido literal de las palabras y su sintaxis para lograr comunicar algún referente con sentido-s original-es. Así como los casos frecuentes agrupados en las **figuras semánticas** que realizan sus acciones creativas, ora por semejanza, ora por contigüidad.¹ Tropos como la *metáfora* y la *sinécdoque*, son mecanismos lingüísticos puestos en la lenta emergencia del discurso que muestran el espacio invisible de lo percibido: miles de voces susurrando disfrazadamente hasta formar sistemas significativos que dan cuenta de la forma como se vive, siente y desea el espacio urbano. Evidente con-fusión entre Retórica y Poética (figuras del lenguaje y creación) soldadas para la con-figuración de imaginarios de la ciudad. A continuación se analizará un ejemplo de lo que se acaba de explicitar, a saber: la ciudad, hecha ya discurso transmitido, al ser relacionada con el cuerpo biológico.



Una de las figuras más sobresalientes cuando se habla de ciudad es la de *cuerpo*, por similitud o analogía con la anatomía humana. El discurso actual

revela esta analogía al usar *figuras biológicas en lo urbano*. Así por ejemplo, el *corazón* de la ciudad es su centro histórico, las vías de entrada y salida son sus *arterias*, las redes de peatones conforman su *esqueleto*, la red viaria que comunica centro y periferia es la *espina dorsal* de la ciudad, la plaza central o mayor es su *cerebro*; también se habla de *la cabeza de la región* o *los brazos de los ríos* que alimentan los centros urbanos. La estructura física de los sistemas de transporte masivo como el metro (oscuro, profundo, lleno de cables, tuberías e instalaciones eléctricas) son los *intestinos* de la ciudad; *el vientre*, cavidad acogedora y lugar de resguardo, es el primer modelo sensible de las casas, etc. Estas sinécdoques² biológicas que relacionan partes del cuerpo y partes de la ciudad, crean la trama enmarañada del sujeto para se trasegar en la ciudad: *crecimiento, reproducción, circulación, equilibrio, homeóstasis*, etc.

Si se repara, estas comparaciones entre el cuerpo biológico y el social, obedecen a una manera de asimilar la realidad conforme a aquella objetivación del cuerpo adelantada ya por los griegos. Es Platón quien divide el mundo en *topos-uranos* y orbe sensible porque ha dividido el cuerpo humano en un alma inmortal que el hombre debe aislar de algo visible y ávido de humores diversos: el cuerpo se limita a ser un mero receptáculo o tumba del alma. Pero, centrar la investigación en el cuerpo humano y sus interfaces, implica aplicar una noción problemática, pues "cuerpo" es una categoría histórica poseída por un imaginario voluble que se origina con la perspectiva de una degradación -en la antigüedad-, pasando por una visión paulina con Lutero, y terminando en una exaltación vehemente en la actualidad (la salud corporal ya es una enfermedad) y también su progre-

1 "Entenderemos aquí por -figura- cualquier tipo de recurso o manipulación del lenguaje con fines persuasivos, expresivos o estéticos (...) En el refinado sistema conceptual de la Retórica las figuras se encuadran en el estudio de la *elocutio*, una de las partes del *artis* o fases de elaboración del discurso, que consiste en poner en palabras las ideas producidas en la *inventio* y estructuradas en la *dispositio*; que serán retenidas luego en la *memoria* y pronunciadas, por fin, en el *actio*" (García, 2000: 10).

2 Comprendida como una figura semántica por sustitución metonímica, la sinécdoque consiste en el intercambio entre términos de mayor y de menor extensión conceptual. Y dicha sustitución puede ser de el todo por la parte, el género por la especie y lo plural por lo singular; las recíprocas también son frecuentes (cfr. García, 2000: 60 y ss.)

sivo desvanecimiento en la era informática, por lo que el cuerpo (biológico y social) es definido en las formas que reviste una determinada época cultural (Vernant, 1990: 20). Efectivamente, en los diferentes periodos históricos de Occidente las concepciones sobre el cuerpo han regulado los ritmos y modos de pensar del ser humano, pero también –y aquí está lo que interesa subrayar– su relación con la ciudad y su concepción de ella.

Así por ejemplo, la Atenas de Pericles concibe el *calor corporal* como el factor esencial para la regulación del cuerpo (Sennet, 1997: 37). El calor determina la salud y la sexualidad, pues pertenecer al conjunto de lo masculino es estar inscrito en la categoría de lo caliente, representado en el semen considerada sangre caldeada, mientras que ser femenino es ubicarse en el universo de lo frío, relacionado con la sangre menstrual. Es Hipócrates quien lleva al extremo la tesis de que el calor corporal regula la temperatura de la sangre, por lo que el corazón es una estufa que genera ardor. Estas ideas cuajan en el galenismo de forma radical y “(...) sus postulados serían considerados verdades científicas durante casi dos mil años (...) hasta el siglo XVII. Por lo tanto, durante la mayor parte de la historia occidental, la medicina se refirió al cuerpo cuya fisiología iba de lo muy frío a lo muy caliente, de lo muy femenino a lo masculino. El calor del cuerpo parecía regir la capacidad para ver, escuchar, actuar, reaccionar e incluso para hablar” (Sennet, 1997: 46).

Durante la Edad Media, las sociedades mantienen concepciones organicistas de la ciudad, fundadas en metáforas corporales que usan para dar cuenta del dinamismo urbano y su organización socio-política. “(...) El sistema cristiano de metáforas corporales reposa sobre todo en la pareja *cabeza/corazón*. Pero lo que confiere su fuerza pletórica a estas metáforas dentro de este sistema es el hecho de que la Iglesia, como comunidad de los fieles, es considerada como un *cuerpo* cuya cabeza es Cristo. (...) El valor simbó-

lico de la cabeza se refuerza singularmente en el sistema cristiano, pues allí se haya enriquecido por la valorización de lo alto dentro del subsistema fundamental alto/bajo, expresión del principio cristiano de *jerarquía*, y por el hecho de que no solamente Cristo es la cabeza de la Iglesia, es decir, de la sociedad, sino también porque Dios es la cabeza de Cristo. Siempre, según San Pablo, la cabeza, conforme a la fisiología antigua, es principio de cohesión y crecimiento” (Le Goff, 1992: 14). Todo esto, mientras el refuerzo metafórico del corazón, designa la vida afectiva y la interioridad, porque es considerado la fuente de los pensamientos intelectuales y de la fe.

El uso sociopolítico de la metáfora organicista de ciudad alcanza su notable definición en el *Policratus* de Jean de Salisbury en el año 1159, un verdadero testimonio del funcionamiento medieval, donde las funciones principales se hallan repartidas entre la cabeza (donde se asienta el príncipe y/o el rey, es decir, los representantes honorables de la ciudad) y el corazón (donde se encuentra el senado). Los ojos, las orejas y la lengua son los jueces y representantes de la cabeza (Rey) ante las provincias, meros símbolos expresivos de la monarquía administrativa, mientras todas las demás categorías socio-profesionales están representadas por partes menos nobles: “(...) funcionarios y guerreros se asimilan a las manos (...) y los campesinos no escapan a la comparación con los pies, es decir, con lo más bajo del cuerpo humano (...); pero quienes se hallan peor situados son los representantes específicos de la tercera función, quienes encarnan la economía y, más específicamente, el manejo del dinero. El pensamiento antiguo y el pensamiento cristiano coinciden en este desprecio de la acumulación de riquezas, que se sitúa en los repliegues innobles del vientre y de los intestinos, definitivamente degradados, caldo de cultivo de las enfermedades y los vicios, sede de un obsceno estreñimiento de los restos amasados por un estado parsimonioso, avaro, sin generosidad ni largueza” (Le Goff, 1992: 18). Esta concepción revela que el ima-

ginario urbano de la época es instituido cuando se compara la distribución social y funcional de los habitantes de los conglomerados con el funcionamiento del organismo humano, cuestión que se origina en la antigüedad, se mantiene en la Edad Media y se prolonga hasta la actualidad. Imaginario, pues, que se concibe como una fisiología urbana y política, actuando como un mecanismo discursivo de comprensión metafórica del estado naciente y que resume muy bien Henry de Mondeville, cirujano de Felipe el Hermoso, en su obra *Corps et Chirurgie à l'apogée du Moyen Age* (1306-1320) así: El corazón es el órgano principal por excelencia que confiere a todos los demás miembros del cuerpo entero la sangre vital, el calor, la inteligencia. Se encuentra en el centro del pecho tal y como requiere su papel, como el rey está en el centro de su reino.

Un giro conceptual y social aparece en el siglo XVII cuando el médico inglés William Harvey, inspirado en la labor del fisiólogo belga Andrés Vesalio y su obra de 1543 *Humani corporis fabrica libri septem*, descubre la circulación de la sangre y el papel del corazón en su propulsión. En 1628 publica *Ensayo anatómico sobre el movimiento del corazón y la sangre en los animales*, donde demuestra que ya no es la temperatura la que regula la circulación de la sangre, sino que es la circulación la que regula la temperatura. Holgada corrección a la tradición médica antigua: la circulación calienta la sangre y no es el calor de la sangre el que la hacía circular. Por tanto, el corazón ya no es un horno, sino una máquina, una bomba (Sennet, 1997: 276). A esto se suman los descubrimientos de Thomas Willis, en el siguiente siglo, sobre la anatomía del encéfalo y quien intenta comprender cómo el sistema nervioso opera mediante la circulación mecánica; esto es, de cómo los movimientos nerviosos funcionan como los de la sangre.

Lo interesante de toda esta historia disciplinar es que Harvey y Willis cambian los conceptos de convivencia ciudadana y permiten generar una nueva rela-

ción cuerpo-ciudad que dan sus frutos en el XVIII, cuando se aplica a la piel: "(...) debemos al médico Ernst Platner –comenta Sennet– la primera analogía clara de la circulación dentro del cuerpo y la experiencia ambiental del mismo. El aire, decía Platner, es como la sangre: debe circular a través del cuerpo, y la piel es la membrana que permite al cuerpo respirar el aire" (Sennet, 1997: 280). Por tanto, si se tapan los poros de la piel por suciedad, entonces las sustancias nocivas no salen. El cambio es revolucionario: la impureza reside en esa parte concreta del organismo que cubre la superficie del cuerpo, y ésta se infecta por la experiencia social del choque, no por la debilidad de la moral. Se impone, entonces, la práctica de limpiar muy bien el cuerpo de los excrementos y la orina, por lo que se hace necesario usar papel higiénico después de defecar y se adquiere el hábito de vaciar a diario los orinales. El enciclopedista romano Plinio en su *Historia Natural*, libro XXVIII, atribuye al excremento propiedades curativas y diagnósticas (y aún hoy sucede en algunos grupos indígenas amerindios para curar las fiebres de los catarros y suturar llagas), además él mismo comenta el uso intensivo que hizo la agricultura romana de las materias fecales, costumbre que resucita en el Siglo XVI en Europa bajo una 'política de los excrementos', emparentada con una 'política lingüística': 'limpiar, ordenar, embellecer' el cuerpo urbano, al tiempo que el cuerpo humano y el cuerpo de los significantes (Laporte, 1998: 25). Y es por ello, que no gratuitamente el lema de la Real Academia Española sea "Limpia, fija y da esplendor". Pero, en el siglo VXIII el asco a la deposición se convierte en un fenómeno urbano, cuyo origen está en las ideas médicas acerca de las impurezas que taponan la piel. Gracias a esto, hombres y mujeres aligeran sus ropajes para que respire mejor su piel y vuelven a la rutina del baño frecuente, perdido en la época medieval.

Estas nuevas prácticas dejan ver que ese deseo saludable en cuanto a la respiración y la circulación cambia el aspecto de las ciudades y las 'tecnologías

del yo' de sus ciudadanos. Es así como se toma conciencia plena de la higiene y se establece una oposición radical entre la ciudad, emparentada con el oro, y el campo con la deposición, iniciada en el siglo XVI, y definidos por su reciprocidad: "(...) la ciudad se convierte, por oposición al campo, en el lugar de lo imputrescible, abierto como tal al nuevo espacio de lo visible: allí donde había mierda, ahora hay oro y, a su regreso, el excremento no puede más que retornar la ambivalencia constitutiva de su relación: embellecida, ordenada, magnificada, sublimada, la ciudad se opondrá al lodo de los campos, pero se opondrá con ese paso a convertirse en el lugar de la corrupción frente a la naturaleza notoriamente virginal" (Laporte, 1998: 46/7).

Ciudades europeas como Londres y París comienzan a limpiar la ciudad y a construir canales y los cementerios se trasladaron fuera de la ciudad: "(...) el mal olor, tanto si es de muerto como de la mierda, del cementerio o de la evacuación, es malsano en sí. Todo lo que en el orden de lo patológico no responde a una causa conocida, se encuentra atribuible de derecho y atribuido de hecho al mefitismo, palabra maestra de la higiene, o sea a las exhalaciones repugnantes que vician el aire y que, extendiéndose progresivamente como epidemias, producen la enfermedad y la muerte" (Laporte, 1998: 83). Esto significa que de la misma manera como es mirado e intervenido el cuerpo humano, es tratada y fiscalizada la ciudad. Como se nota, la imposición del concepto funcional de *ciudad-máquina* (ya puesta en Vesalio como cuerpo-máquina), incita al aseo corporal y social, que se manifiesta en la pulcritud personal y la limpieza de las calles. Ya Aristóteles, en el siglo IV a.c., reclamaba la salubridad, una buena posición estratégica y una adaptación correcta a las necesidades públicas, como las condiciones de una ciudad. Todo lo que se salga de ese nuevo régimen produce asco, lo cual suscita un discurso de la higiene que regule la vida dieciochesca, mantenido por una actividad médica que no descansa en buscar mecanismos de limpieza

y desinfección; cosa curiosa si se recuerda que ya los alquimistas y perfumistas habían encontrado mecanismos para transformar el excremento en sustancias poco malolientes y que terminaban, además, dotadas de virtudes cosméticas o de cualidades terapéuticas.

Posteriormente, la planificación urbana sigue el modelo de esta relación históricamente fundada, especialmente en el urbanismo francés y se construyen planos cuyo corazón es el castillo, mientras las calles son las arterias, aunque muchas veces con una mediana anatomía, pero siempre guiada por la imagen de la mecánica sanguínea, "(...) pues pensaban que si el movimiento se bloqueaba en algún punto de la ciudad, el cuerpo colectivo sufría una crisis circulatoria como la que experimentaba el cuerpo individual durante un ataque en el que se obtura una arteria" (Sennet, 1992: 283) La relación, no obstante, más directa entre la ciudad y el cuerpo se encuentra en el París de 1853. El barón Haussmann, responsable de la canalización parisina del Siglo XIX y promotor de una política preocupada por la expulsión de lo sucio de la ciudad, establecía en una memoria de 1854 la metáfora entre un sistema de alcantarillado y los órganos de drenaje y excreción del cuerpo humano: "(...) las galerías subterráneas, órganos de la gran ciudad, funcionarían como los del cuerpo humano, sin ver la luz del día; el agua limpia y fresca, la luz y el calor circularían por ellas como fluidos diversos cuyo movimiento y mantenimiento son necesarios para la vida. Las secreciones se realizarían allí misteriosamente y regularían la salud pública sin enturbiar la correcta ordenación de la ciudad y sin afectar su hermosura" (Gutiérrez, 2002: 200).

Y es que a través de los excrementos no sólo se puede pensar la relación sujeto-ciudad, sino la forma de relacionarse un sujeto con su vecino: "(...) Desde el poder y racionalidad exhibidos por la burguesía (...), la mierda aparece ordenando las representaciones sociales y es, junto con la inmundicia, protagonista en la forja de la imagen burguesa acerca de las clases

populares, sus otros más cercanos –los pobres de la urbe–, los exóticos y salvajes. Desde el siglo XVI es observable en los estados modernos europeos y de capitalismo incipiente cómo la ideología de lo limpio contamina la de la propiedad. Poco a poco se va instaurando una política del desperdicio centrada en la privatización del excremento –su conversión en un asunto doméstico, privado–, que imprimirá una relación del sujeto que anticipa rasgos de ideología cartesiana del yo. Es entonces cuando el acto y el espacio de la defecación empiezan a convertirse en el lugar privilegiado de un monólogo interior, acción que, según las referencias de viajeros antiguos y contemporáneos, sorprendería mucho a los aborígenes australianos o a los ciudadanos actuales de Mongolia, que hacen esta clase de necesidades junto a la vista de otros y acostumbran a conversar durante el transcurso” (Gutiérrez, 2002: 196).



Esta digresión sugiere amplificar una nueva metáfora, a saber: la ciudad como organismo infectado, creador de enfermedades: *ciudad-transmisora-de-males*. Y por esto resulta hoy tan familiar oír hablar de “limpieza social”, “tratamiento aséptico de la ciudad”, “cáncer social” etc., como se refleja claramente en la España retratada por Benito Pérez Galdós o Emilia Pardo Bazán, quienes a través de una auténtica ‘literatura médica’, entre otras intenciones comunicativas, relatan cómo el espacio urbano es generador de patologías, mostrando a la literatura con la misión de diseccionar la sociedad y mostrar la etiología de sus males.

Lo mismo se puede entrever con la empresa de García Márquez o más recientemente con obras todas las obras urbanas y negras que produce actualmente Colombia. Por ejemplo, la obra *Satanás*, de Mario Mendoza, aparece para recordar que a las ciudades en progreso le son suyas también las sociopatologías y que en sus procesos, la alteridad es sustancial, pues

en una ciudad compleja sus moradores pueden ser la cara buena o la mala, o las dos al tiempo, y más aún, como en la obra de Robert Stevenson *El extraño Caso del doctor Jeckyll y Mister Hyde*. Todo esto, porque la ciudad permite desarrollar esquemas de identidad palimpsésticos, donde queda espacio para lo arbitrario e insensato, también. Por otra parte, sin ánimo de mostrar que este acontecimiento es negativo para la construcción de ciudad y ciudadanía, sino de subrayar que es uno de sus elementos integrantes, la historia muestra que no hay ciudad sin males, ni malhechores malhadados. En esta secuencia de ideas, es Sendrail (1983: 45) quien afirma que las enfermedades contribuyen claramente a la definición de una cultura.

La nueva toma de conciencia sobre este particular, hace que se implante un modelo médico más amplio que el sugerido en el siglo XVIII. Así, por ejemplo, es sabido que también la Norteamérica del siglo XIX trajo consigo nuevas políticas de prevención que afectan los hospitales y manicomios, e influye en la reorganización de la profesión médica que lucha contra la automedicación; mientras que en el caso francés, la epidemia de cólera de 1832 permite reevaluar la ciudad como lugar habitable dependiendo de la postura socio-económica, ya que la aristocracia, receptora de privilegios, huye mientras los pobres mueren a pesar de la caridad real. Esta situación significa que la epidemia de 1848 sume 120.000 víctimas y la de 1865 unas 14.000, hasta que en 1883, gracias al médico alemán Robert Koch, se conoce su presencia en las heces de sus enfermos y su transmisión por medio de las aguas sucias, lo que permite una revolución en las reglas profilácticas de la ciudad y en cambios arquitectónicos esenciales como el posterior incremento de las canalizaciones de agua potable y la aparición del alcantarillado, que disminuía los riesgos de la fiebre tifoidea, además de la aparición de una guardia sanitaria francesa que prohíbe las fronteras a la peste, cuyo bacilo descubre Yerson en 1894, así como su forma de transmisión a través de la pulga

de la rata; todo esto por la misma época en que en Suiza aumenta el número de hospitales a pesar de que la mortalidad por tuberculosis es discreta. Estos ejemplos revelan que la presencia epidémica en la ciudad suscita nuevas estrategias de urbanismo que incluyen una relación de competencia entre variables biológicas y sociales, supervisadas por físicos y médicos, asistidas por arquitectos y respaldadas por la policía en el servicio de la salud.

Ahora bien, para saldar este arrojado de ideas, si se quiere pensar cómo hoy día esa conciencia de limpieza se evidencia en las ciudades de Latinoamérica, es fácil encontrar cómo algunos mecanismos de mimesis ideológica hacen parte de su arquitectura. Baste recordar que en Bogotá, la construcción de parques fue el resultado de una visión higienista para la ciudad. El parque se percibe como pulmón para la ciudad, como los realizados por Europa y Estados Unidos entre mediados y finales del siglo XIX. “(...) Por esta razón el parque del Centenario –creado para conmemorar los cien años de natalicio del libertador Simón Bolívar–, el bosque de los hermanos Reyes (1907), el parque de la Independencia (1910), el Luna Park (1921) y el parque Nacional (1934), entre otros, estuvieron influidos por los bosques Bois de Boulogne y de Vincennes de París, por los parques S.T. James, Hyde, Green, y Regent’s Park de Londres y por el Central Park de Nueva York”. Inclusive, los primeros barrios fundados desde comienzos del siglo XX son la derivación de una visión higienista de la ciudad. “(...) Esta forma anglosajona de abordar los asentamientos humanos de finales del siglo pasado fue difundida por los movimientos internacionales de las <ciudades jardín>, los cuales se proponían luchar contra la insalubridad de las viejas ciudades (...) Los barrios Sucre, la Perseverancia y Marly son

buenos ejemplos de la nueva morfología urbana. Las manzanas eran ligeramente rectangulares o cuadradas, pero de diferentes tamaños, y estaban ordenadas alrededor de un espacio verde” (Monteczuma, 2000: 11).

Y es que la Bogotá de comienzos del siglo XX (1910-1914) se instala una pequeña ciudad progresista, manifestada en construcciones típicamente urbanas; así el primer kiosco en cemento fabricado en el país, llamado “Kiosco de la luz”, mandado a hacer por la empresa Cementos Samper, en 1910, en el Parque de la Independencia³ y la Carrera Séptima (antigua Calle Larga de las Nieves), una de las primeras. Pero también manifestada en la instauración y propagación de bombillas eléctricas (aunque la empresa eléctrica se consolida en 1984 también con la empresa Samper, hasta bien entrado el siglo XX comienza a hacer parte de la modernización de algunos hogares), primero en el Parque de la Independencia, luego en las casas de las familias adineradas. Pero también fue muy importante la apertura del Teatro Olimpia, que comienza a proyectar películas, y sirve de escenario para presentaciones deportivas. Todo esto mientras la ciudad estaba azotada por epidemias de fiebre tifoidea y disentería, enfermedades que eran el efecto de la pésima calidad de las aguas del acueducto privado Jimeno y por las deplorables condiciones de higiene de los inquilinatos en los barrios obreros, que a la postre, originaría, hacia 1918, la tragedia de 1000 sujetos muertos por la epidemia de influenza.

Sin embargo, es gracias a la campaña de los galenos de la década de 1910 que Bogotá abandona paulatinamente la atmósfera de aldea sucia e infecta, pues la denuncia médica permitió, primero, que se municipalizara el acueducto mientras, hacia 1916, se

3 Al respecto, el periodista Milton Díaz, del diario El Tiempo, consignaba en marzo de 2006: “Fue construido desde hace 96 años, cuando se realizó la Exposición Agrícola e Industrial que conmemoró el primer centenario de la Independencia. Se salvó de milagro. A lo mejor solo porque a alguien le dio nostalgia tumbarlo después de saber que el quiosco de la Luz era la primera edificación construida con cemento hecho en el país (...) Hace unos 20 años se cerró. Pero la Corporación La Candelaria y el Museo de Bogotá lo recuperaron. Ahora reluce. No importa si hace o no sol. Su restauración se demoró ocho meses y se conservaron los colores y el estilo neoclásico original (...)” (Díaz, 2006: 1-14)

iniciaba la canalización de los ríos que bañan Bogotá. “(...) En 1917, el esfuerzo por canalizar los ríos que se encontraban contaminados, es seguido por una acción estatal (...), de la cual se va a derivar la construcción de un nuevo paisaje, como es la reforestación de los cerros orientales, intervención que nos crea un paisaje, puesto que los cerros se habían convertido en laderas deforestadas, de tal manera que cuando llovía la ciudad se llenaba de barro, y en verano las polvaredas inundaban la ciudad. Esto se logró por medio de la compra de las hoyas hidrográficas, ocupadas por haciendas, lo que implicó la reubicación de 4000 personas, cuando la ciudad contaba con 120.000 habitantes. Con esto se empieza la reforestación, que se realiza con pinos, con lo cual se construye un paisaje europeo, de tono verde, color pesebre navideño” (Zambrano, 2005: 9). Finalmente, como efecto del discurso médico y su relación con la ciudad, en 1919, las Juntas de Higiene emprendieron campañas que terminarían con la construcción de los primeros baños públicos, mientras Bogotá esperaba la apertura del Hospital San José, cuya construcción tardó 20 años y que fue inaugurado hasta 1925 y complementado el servicio de salud un año después con el Hospital San Juan de Dios.

La realidad está velada por la actual Bogotá que aumenta desordenadamente, mientras el desplazamiento que, por lo menos, entre enero y junio de 2002 superó el número de 204.000 colombianos y que para enero de 2006, recibía 20 familias desplazadas por día (El Tiempo, 2006: 1-12), con un déficit cuantitativo de vivienda superior a las 400.000 unidades, con más del 28% de los hogares, está por debajo de la línea de pobreza. En Bogotá, más de 300.000 personas viven en la calle, conviviendo algunos de ellos dentro del conjunto de las más de 16.000 mujeres prostitutas afincadas sólo en el centro de la ciudad, donde los ciudadanos no cesan de denunciar la falta de cañerías, especialmente en invierno y en los nuevos conjuntos residenciales obreros, y donde las empresas promotoras de salud cada vez ofrecen un servicio que recibe muchas críticas.

Así las cosas, se infieren claramente las consecuencias, en lo real, de aquellas relaciones que en lo simbólico mezclan lo biológico y lo urbano, auspiciado siempre por la disciplina médica de cualquier ciudad, y que aún persisten en el discurso cotidiano que filtra/cristaliza la(s) ciudad(es), como muestra de unos imaginarios que proyectan los urbanitas para darle sentido a sus territorios o espacios itinerantes.

BIBLIOGRAFÍA

Delgado, M. *El animal público*. Barcelona: Anagrama, 1999.

Derrida, J. *La reconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona, Paidós, 1989.

EL TIEMPO, 12 de enero de 2006, 1-12

Díaz, M. “Historia del primer quiosco hecho con cemento en el país y que pronto será iluminado”. *El Tiempo* (09/03/ 2006): 1 – 14.

Feher, M., Naddaf, R. & Tazi, N. (Eds.) *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Madrid: Taurus, 1990.

---. *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Madrid, Taurus, 1992.

García, J. *Las figuras retóricas*. Madrid: Arco libros, 2000.

Gutiérrez, M. *et al. Según cuerpos. Ensayo de -diccionario- de uso etnográfico*. Badajoz: Cícón ediciones, 2002.

Lakoff, G. & Johnson, M. *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra, 1986.

Laporte, D. *Historia de la mierda*. Valencia: Pre-textos, 1998.

Luna, M. (ed.). *La ciudad en el tercer milenio*. España: Fundación Universitaria San Antonio, UCAM. Textos de Antropología, 2003.

Montezuma, R. "La influencia extranjera en la construcción de Bogotá durante el siglo XX". *Síntesis* 3. (2000).

Sendrall, M. *Historia cultural de la enfermedad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1983.

Sennet, R. *Cuerpo y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza, 1997.

Vasilachis, I. *La construcción de representaciones sociales: discurso político y prensa escrita*. Barcelona: Gedisa, 1997.

Zambrano, F. "Bogotá: el inicio de la modernidad". *Bogotá: un evento, una década*. Bogotá: Cámara de Comercio, 2005.